

LA CIUDAD COMO PRIVACIÓN Y LA REAPROPIACIÓN DE LO URBANO COMO EJERCICIO DE LA CIUDADANÍA

Ana Fani Alessandri Carlos

DG/ FFLCH – USP - Universidad de São Paulo/ – São Paulo- Brasil

La ciudad como privación y la reapropiación de lo urbano como ejercicio de la ciudadanía (Resumen)

El artículo desarrolla la hipótesis según la cual la reproducción del espacio urbano, en el mundo moderno, profundiza la contradicción entre el proceso de producción social del espacio y su apropiación privada (marcada por la apropiación privada de la riqueza general de la sociedad, que tiene como una de sus formas la propiedad de los lugares de la ciudad). La reproducción del espacio mediada por la propiedad privada de la riqueza, fuente de la desigualdad, se revela como segregación socio espacial, como la negación de la ciudad, donde las formas de uso se encuentran delimitadas por los modos de acceso de los ciudadanos a los lugares de realización de la vida. El desarrollo de esta contradicción crea la ciudad como fuente de privación percibida, en el plano de la vida cotidiana, como extrañamiento, realizándose prácticamente como lucha por el espacio, en los espacios públicos restableciendo su sentido de esfera pública.

Palabras clave: urbano, ciudadanía, privación, lucha por el espacio, derecho a la ciudad.

The city as deprivation and the urban reappropriation as citizenship exercise (Abstract)

The article develops the hypothesis according to which the reproduction of the urban space, in the modern world, deepens the contradiction between the social production process of space and its private appropriation (marked by the private appropriation of the general richness of society that has as a one of your forms the property of the city places). The reproduction of the space mediated by the private property of richness, source of inequality, reveals itself as social and spatial segregation as the denial of the city where the use forms are delimited by the access modes of citizens to places of realization of life. The development of this contradiction creates the city as source of perceived deprivation, on the quotidian life plan, as estrangements, performing itself practically as fight by the space, in the public spaces reestablishing its sense of the public sphere.

Keywords: urban, citizenship, deprivation, fight by the space, right to the city.

El desarrollo del razonamiento que vamos a presentar se apoya en la hipótesis según la cual la reproducción del espacio urbano, en el mundo moderno, profundiza la contradicción entre el proceso de producción social del espacio y su apropiación privada. La reproducción de lo urbano, en esta condición, está marcada por la cisión de los elementos constitutivos de la vida humana fundada en la apropiación privada de la riqueza general de la sociedad que determina los accesos a los lugares de la ciudad a través de la apropiación privada del suelo urbano que define los usos de todos los espacios-tiempos de realización de lo cotidiano a partir del lugar de la habitación. De este modo, la reproducción del espacio urbano, bajo la lógica del capital restablece las condiciones que la fundamentan: la desigualdad de los modos de apropiación fundados en la propiedad privada en sus diversas formas.

Esta condición crea la ciudad como fuente de privación (por lo tanto de derechos) frente a la extensión de la mercantilización con la consecuente privatización del mundo percibida, en el plano de la vida cotidiana, como extrañamiento y que se realiza prácticamente como desigualdad social. Esta situación está en la génesis de las luchas por el espacio de la vida, lucha esta que se desenvuelve en los espacios públicos, desplegada en la contradicción dominación-apropiación del espacio.

La sociedad urbana en transformación, delineada en el horizonte por las metamorfosis del espacio urbano en su carácter mundial, señala una nueva relación espacio-tiempo redefinida en la vida cotidiana en un espacio fragmentado, caracterizado por la segregación. En esta condición nueva, el tiempo tiene que ver con el uso del espacio que se halla normatizado por el Estado, cooptado por estrategias de acumulación redefiniendo la vida bajo nuevas formas de sumisión. Las relaciones sociales redefinidas constantemente en el movimiento de las metamorfosis urbanas (a través de las transformaciones en y de la ciudad) revelan comportamientos estandarizados, modelos éticos, estéticos, gustos, valores, que son impuestos, como orientadores de la vida urbana. Se imponen a partir de los accesos a los lugares en un cotidiano normatizado y programado donde todas las relaciones tienden a ser mediadas por la mercancía (materiales e inmateriales) constituyéndose en signos de identidad. En el proceso, nuevos objetos orientan comportamientos, entre ellos la televisión que banaliza todo (de la religión a la política), los PCs, los ipods, etc. Dominados por el desarrollo de la técnica, estos objetos crean la ilusión de modernidad, revelando la condición de la ciudadanía determinada en el ámbito del consumo, impuesto por el marketing, que con su poder hipnótico extraordinario, orienta hábitos, crea opiniones, encanta con la simulación de participación de los ciudadanos en el universo de la sociedad por la mediación del espectáculo colorido de las imágenes. Esta aquí la señal evidente de construcción de una “nueva urbanidad”, donde las personas ya no se hablan más, no se ven, no interactúan personalmente, apenas creyendo hacer parte de un mundo de horizontes cada vez más amplios, a través de una participación virtual. Mediadas por la tecnología -que crea la sensación de comunicación- las relaciones sociales manifiestan, en la realidad, la supremacía de la no-comunicación en una sociedad del “help yourself” donde la idea de la novedad disimula mal la repetición involucrando a todos en la competencia por el upgrade –las filas en las puertas de las tiendas de Apple cuando un nuevo producto es lanzado son un óptimo ejemplo de la dependencia creada alrededor de los objetos. Esta nueva urbanidad está marcada por la disolución de las relaciones sociales que vinculaban a los hombres entre sí, bien como porque emerge en una vida familiar y social, esfacelada.

La segmentación de la actividad del hombre, masacrado por el proceso de homogenización, subsumido a la lógica, lenguaje y signos de la mercancía crea la base para el desarrollo de su condición universal de consumidor. Momento en que cada actividad debe tornarse productiva, inclusive la ociosidad, como señala Benjamin (p.81). En esta realidad conquistada por el proceso de acumulación, el ocio, que en la sociedad moderna también cambia de sentido, designa otra cisión: de actividad espontánea, de búsqueda de lo original como parte de lo cotidiano, pasa a ser cooptado por el desarrollo de la sociedad de consumo. Este hecho significa que el ocio, tanto cuanto el turismo, se convierten en una “nueva necesidad” ahora inmersa en la esfera del consumo. Esto quiere decir que en el curso del desarrollo de la economía capitalista el tiempo de ocio y el turismo se recrean como una nueva actividad productiva diferenciada con ocupaciones especializadas a partir de particularidades originales o creadas de lugares específicos encantando –por el marketing- creándolos como necesidad y direccionando un nuevo flujo de consumidores.

En el plano más banal del cotidiano el acto de ir a las compras también se reviste de otro sentido, hoy. Si el *flâneur* de Baudelaire salía de las calles para los pasajes, donde la “mercancía embriagaba y extasiaba”, como señaló Walter Benjamín, hoy, bajo la forma comercial diseminada del centro comercial, crease un nuevo modo de vida urbano que transforma el centro de compras en el centro del ocio. Si para Benjamín, Taylor había transformado en palabra de orden la extinción de la “flâneire” hoy todas las relaciones se subsumen a las órdenes impuestas por el consumo, no apenas la ociosidad. La ciudadanía tiende a reducirse a la objetivación de la “calidad de vida” –la posesión y acceso a bienes y servicios marcados por la mediación de la mercancía como nuevo termómetro de status social. En este proceso somos miembros participantes de una comunidad hedonista.

Los “rolezinhos” (paseítos) –como encuentros de jóvenes en los centros comerciales de Brasil, convocados por el facebook, motivados por la ostentación de ropas y objetos de lujo- son la forma más moderna de esta atracción irresistible de la mercancía como modo de vida. La realización de lo humano a través de su realización como consumidor banaliza el sueño, por la captura del deseo. La felicidad se realiza concretamente a través de la posesión de un conjunto definido de mercancías orientadas pela moda. Un modo de vida, una cultura y el tiempo de ocio inmersos en el “mundo de la mercancía”, revestido de marcas e imágenes de éxito, diferencian los privilegios de clases, jerarquizando a los individuos –en la sociedad y en los usos de los lugares de la ciudad.

En el plano espacial, lo urbano aparece como expresión de la contradicción concentración/dispersión y consecuentemente, de la distribución de las actividades y personas en los espacios-tiempos de la vida urbana. El tejido urbano se rompe, separando y delimitando las acciones y actividades en el espacio, mientras que la vida urbana se presenta, tendencialmente, invadida por un sistema regulador, en todos los niveles, que formaliza y fija las relaciones sociales reduciéndolas a formas abstractas autonomizando las esferas de la vida. En este plano las formas de la ciudad señalan la segregación, la propiedad en su sentido pleno, bajo la forma “privada”. La existencia práctica de la abstracción ocurre en un momento definido y real: en la vida cotidiana, realizándose en el espacio urbano, promovido por la separación entre uso y cambio. En esta condición, abstracta, se tiende sobre la sociedad invadiendo y definiendo los modos de uso del espacio, delimitando explícitamente la apropiación del tiempo.

Este hecho ilumina que en nuestra sociedad el valor de cambio gana autonomía efectiva en el momento en que todas las relaciones a él sometidas, se encuentran definidas por la acción reguladora y organizadora fundada en la forma contractual (jurídica) de la propiedad privada de los objetos y de las parcelas del planeta. En esta condición el sujeto consumidor se depara con la cisión de la ciudad, vive el espacio en fragmentos y, en esta situación, vive la desposesión de su humanidad. La ciudad vivida como fragmento reduce las posibilidades de entrelazamiento de las acciones capaces de permitir la renovación de los eventos cotidianos que marcan la vida, dándole sentido. Esta viene demostrando la degradación de las condiciones de trabajo, la deterioración de las condiciones de habitación en áreas delimitadas por barreras físicas, edificios cercados, condominios fortificados; el espacio puntuado de edificios majestuosos que llevan la marca de arquitectos famosos; centros comerciales; el encerramiento de barrios con garitas y calles bloqueadas al transporte, rediseño de las líneas de autobuses que impiden accesos. Con el desalojo de las calles de los barrios en el contexto de su explosión presenciamos la deterioración de las relaciones de vecindad, marcadas por la intolerancia y el prejuicio, de las fiestas que escasean o se espectacularizan imponiéndose como tradición del otro (caso el halloween en Sao Paulo) produciendo un nuevo cuadro de representación que orienta la vida, presa cada vez más en un espacio privado. Una vida privada invadida por la tecnología y por órdenes emitidas de afuera para dentro. Donde lo que está fuera de lo privado no es lo público, puesto que los espacios públicos se encuentran desalojados y deteriorados señalando la reducción de la esfera pública, mostrando nuestra nueva condición de espectador –cada vez más sujeto a los reality shows. Con esto nuestra participación se realiza en un mundo donde lo efímero se impone como “modo de vida” y donde los referenciales se tornan obsoletos tanto como la historia. A estas coacciones se suma el dominio espacial del narcotráfico impidiendo encuentros, redefiniendo los usos y sus tiempos en una ciudad vigilada con sus millares de cámaras de captación de movimiento.

En esta perspectiva, la producción de la ciudad como exterioridad en relación al sujeto – la sociedad- actualiza la alienación del mundo moderno.

Metamorfosis urbanas

El espacio urbano es hoy, como siempre a lo largo de la historia de su producción, condición, medio y producto de la reproducción de las relaciones sociales. Se trata de una producción que involucra y tiene como sujeto a la sociedad en su conjunto.

En el mundo moderno frente a las formas que se metamorfosean de modo cada vez más rápido, los referenciales, que marcan y sustentan la vida en la ciudad, se modifican. La historia ahí acumulada pierde su significado más profundo frente a las necesidades de la acumulación del capital. La constante renovación –transformación del espacio urbano a través de los cambios morfológicos –produce constantes transformaciones en los tiempos urbanos de la vida, en los modos y tiempos de apropiación/uso de los espacios públicos y privados. Los lugares se van transformando de forma irreversible con el aplanamiento de la historia contenida en ellos, tornándolos iguales a tantos otros, situando la sociedad en relación directa con un espacio destituido de la memoria (como producto de la constitución de la identidad formada por una historia vivida como practica socio espacial.

Las marcas de la vida de relaciones y de los referenciales de la vida se esfuman, en muchos casos, perdidas para siempre. Los cambios en el uso del espacio subsumidos a una nueva organización del tiempo de la vida cotidiana ponen al individuo frente a situaciones cambiantes inesperadas (en un ritmo cada vez más veloz) provocando el extrañamiento. El mundo de la abstracción, que coincide con la destrucción de los referenciales urbanos de sustentación de la vida y constituidores de la identidad urbana que como colectividad trae en sí, pasa a dominar todas las relaciones sociales. La reproducción del espacio urbano realiza una nueva relación espacio-temporal donde el espacio amnésico se relaciona directamente con un tiempo efímero.

La violencia del proceso de urbanización se expresa en la ciudad **segregada** como la expresión de la concentración privada de la riqueza que realiza la desigualdad socio espacial. Esa desigualdad trae por contenido el desarrollo de la contradicción que produce el espacio tendencialmente como mercancía, como momento constitutivo del proceso de acumulación (valor de cambio que crea los accesos diferenciados en función de la relación de clase y renta) y frente a la realización de la vida, que requiere el uso del espacio, como su condición. Esto porque, bajo el capitalismo, el espacio, se torna, el mismo, mercancía- se trata de la mercantilización del espacio como una de las dimensiones de la mercantilización del mundo. En este proceso, las relaciones sociales están también sometidas a esta lógica de modo que la producción de la ciudad como movimiento civilizatorio (la ciudad como lugar de la reproducción prioritaria de la vida, como momento de apropiación visando la fruición) se confronta con la ciudad producida bajo la lógica de la acumulación del capital.

La propiedad como fundamento y como producto del proceso de producción del espacio bajo el capitalismo, delinea la tendencia de la sumisión de los modos de apropiación del espacio al mundo de la mercancía, consecuentemente, la reducción del contenido de la práctica socio espacial. Las relaciones de propiedad, al desarrollarse, crean los límites del uso y producen la fragmentación de los espacios con la tendencia a la destrucción de los espacios públicos, la explosión de los barrios, la pérdida de las posibilidades de realización de la vida en las ciudades. En esta sociedad, la alienación domina asumiendo nuevas formas sociales donde la búsqueda del lucro se reformula constantemente y la racionalidad de la empresa capitalista domina la ciudad. De este modo, se produce un espacio homogéneo (dado por la generalización de su condición de mercancía) y fragmentado (por el mercado que determina los accesos). El espacio urbano, dominado, sirve a la reproducción de las relaciones sociales de producción y se impone sobre todos, restableciendo constantemente, la continuidad del ciclo de valorización, y con él, la estructuración de la vida. En la vida cotidiana se aprende que propiedad además de poder económico es también poder político –es concentración de mando, es dominio de la esfera política- aquí este se presenta invadido por un sistema regulador que formaliza y fija las relaciones sociales reduciéndolas a las formas abstractas al mismo tiempo delimitan el modo como las personas usan y acceden a los lugares de la ciudad.

Hoy, nuevas estrategias orientan y aseguran la reproducción de las relaciones en el espacio y, a través de ellas, los intereses privados de los diversos sectores económicos de la sociedad que ven en la reproducción del espacio urbano, la condición de realización de la reproducción económica. En este sentido, los lugares de la ciudad se reproducen con la instalación de la infraestructura necesaria para el desarrollo de cada

actividad, en particular, de modo a realizar una ecuación favorable a la realización del lucro.

Estas estrategias, puestas en marcha por el movimiento de la acumulación, promueven: a) la venta de particularidades –naturales o históricas- de los lugares por la producción del mercado turístico; b) la construcción de condominios cerrados en la franja de la ciudad, como momento de la reproducción del sector inmobiliario; c) la creación de políticas de revitalización de áreas degradadas –desde el punto de vista del mercado- visando su reintroducción en el circuito de valorización, etc. Esta reproducción espacial crea una nueva condición de desposesión, pues la acción que reproduce estos lugares se realiza con la sustitución de una clase social por otra de mayor poder adquisitivo ya que estas acciones promueven la valorización del suelo urbano correspondiendo a las clases de rentas más bajas un movimiento en dirección a las periferias cada vez más distantes de sus antiguas residencias y, de esta manera, provocando desempleo, desestructurando las familias, separando actividades, destrozando las relaciones sociales y destituyendo las personas de sus referenciales.

Los términos de esta reproducción se elucidan en la constitución de un espacio mundializado como realización del capitalismo superando los momentos de crisis de la acumulación y señalando el papel del espacio en la producción/reproducción del capital. Basada en el movimiento incesante de valorización, la producción/reproducción del valor en expansión aparece como premisa y resultado. En esta dirección la reproducción del espacio urbano gana un sentido estratégico, del punto de vista de la acumulación, como posibilidad de superación de la crisis fundada en las barreras que las contradicciones del espacio crean y que van a orientar la planificación de la ciudad inaugurando una nueva relación estado-espacio, explicitando un collage de los planos político y económico. En este plano, se forman alianzas que se vuelven concretas en las acciones de intervención en el espacio a través de políticas de intervención directa que orientan las inversiones con la división del presupuesto público, de la distribución de infraestructura, cambios en las leyes de zonificación, en el plan director de las ciudades, etc.

El poder político del Estado se ejerce a través del espacio, como dominación política y, en este sentido, el poder político se reproduce interfiriendo (y orientando), constantemente, la reproducción del espacio. Es así que se normatiza el uso del espacio, que se producen planes directores, que se direcciona y jerarquiza la inversión en la ciudad. En este proceso se realiza el espacio como mercancía, como despliegue necesario del proceso de acumulación que va desde los fragmentos del espacio hasta la venta de la ciudad en el mercado internacional como posibilitadora de inversión de capitales. Gana importancia, aquí, la contradicción entre las estrategias del Estado (visando la reproducción del capital y la producción de un espacio dominado) y los usos del espacio (objetivando la reproducción de la vida) que la práctica espacial revela.

En esta dirección se desarrolla la contradicción fundadora de la producción espacial entre la producción de un espacio en función de las necesidades económicas y políticas, de un lado y de otro, la reproducción del espacio de la vida social, contradicción que gana fuerza real.

Lo urbano como privación

La ciudad es un espacio apropiable para la realización de la vida, lo que involucra el uso del espacio por el cuerpo. Se trata del uso de los lugares donde se realiza la vida en sus relaciones más finas: las relaciones de vecindad, el acto de ir de compras, el acto de caminar de un punto a otro, el momento del encuentro, las competiciones, los juegos etc. Se trata de un conjunto de recorridos reconocidos de una práctica vivida construida concretamente en los pequeños actos habituales y, aparentemente, sin sentido, que se constituyen en lazos profundos portadores de identidad. En este movimiento espacio-temporal los lugares son marcados por la presencia y, por eso, ganan significado recreando las posibilidades e imponiendo límites.

Como espacio palpable, los lugares de la vida real y concreta (espacios-tiempos) son la extensión exterior, lo que es exterior a cada uno, al mismo tiempo, revelándose al ciudadano como elementos de sus referencias, que no son específicas de una función o de una forma, sino producidos por un conjunto de sentidos impresos por el uso definido a través de las propiedades del tiempo vivido –en el conjunto de las relaciones sociales. En este contexto, la relación con el mundo es construida a partir de un punto en el cual el individuo se reconoce y a partir de donde construye una tela de relaciones con el otro a través de este, con el mundo que lo cerca (como duración en el tiempo y continuidad, y en su simultaneidad especial). En este sentido, la escala del lugar y el plano de lo cotidiano se revelan, fundamentalmente, por la construcción real y activa de una identidad. Así la memoria relaciona el tiempo de la acción al lugar de la acción, el uso a un ritmo. Espacio y tiempo, uso y ritmo se revelan en su indisociabilidad, a través de la memoria. Es la historia particular realizándose en una historia colectiva, donde se injerta y gana significado la historia particular de cada uno como asociación de tiempos (pasado y futuro) que reúnen la memoria y la utopía contenidos en el presente de la ciudad; la primera como virtualidades realizadas, la segunda como posibilidades que se vislumbran.

La esfera de la vida cotidiana subraya entrecruzamientos de escalas y tiempos: a) lo que pasa en el ámbito del proceso de trabajo y fuera de él; b) la producción de relaciones más amplias vinculándose a las relaciones que ocurren en el lugar de la habitación; c) en las horas de ocio; d) en la vida privada. Este conjunto de relaciones guardan el sentido del dinamismo de las relaciones puntuadas por necesidades y deseos, las coacciones y las acciones que huyen o se rebelan al “poder establecido”. Así la ciudad se constituye por un universo imbricado de situaciones contemplando la dialéctica entre necesidades-deseos que se encuentran latentes en la vida urbana. Por lo tanto, la relación entre ciudadano-ciudad es atravesada por modos de apropiación que marcan los usos involucrando una multiplicidad de posibilidades.

Sin embargo, para Lefebvre (1961), la cotidianidad comportaría la cisión de la vida real en sectores definidos y separados en sus funciones y organizados como momentos referentes: aquel del trabajo, de la vida privada y de los tiempos libres. La separación de esos tres dominios puede ser observada claramente en lo urbano. Señala también las separaciones del ciudadano con el conjunto de espacios-tiempos de la metrópolis, donde la vida moderna aparece en su ambigüedad: sí de un lado, la casa del individuo puede mantenerlo vinculado con todo el mundo por la red de computadores y por la televisión en la cual nuevos objetos permiten cada vez más una mayor amplitud espacial (un

momento en que el tiempo parece haber sido “domado” y la velocidad de los contactos aumentado, por la eficiencia de las comunicaciones); de otro, el ciudadano se mueve en un espacio concreto y práctico cada vez más reducido, donde el uso se agota y se limita y donde nuevos objetos entran en la vida cotidiana realizando la alienación. Por su vez, el espacio fragmentado, partido, valorizado, por la acción del poder político, penetra en la vida cotidiana desestabilizándola, redefiniendo el papel de cada ciudadano en los lugares de la metrópoli, limitando el uso del espacio confinando la práctica creativa y la instantaneidad de la vida a la dominación. De este modo, el proceso de reproducción del espacio urbano señala contradicciones que explotan en conflictos en el plano de la vida cotidiana y en el plano del lugar donde las contradicciones son vividas. Por lo tanto, ahí se constituyen, por la reunión, los movimientos sociales y se sitúan las manifestaciones públicas.

El Brasil de hoy se halla marcado por manifestaciones públicas ganando espacio en los medios de comunicación y en la vida cotidiana. Las denominadas jornadas de junio de 2013 señalan un nuevo cuadro de referencia. Tuvieron por asunto inicial el transporte público: su precio, calidad e ineficiencia. Más manifestaciones han ocurrido alrededor del mundo, con la misma intensidad y grado de ocurrencia. En Estambul, lo que es paradigmático, fue la construcción de un emprendimiento inmobiliario en un área pública la fuente de protestos. Se vislumbra aquí, concretamente, la orientación de las políticas que promueven la constitución de lo urbano como negocio asentadas en alianzas entre las esferas pública y privada, abiertamente contrarias a los intereses de la sociedad.

Reunidas, estas luchas que acontecieron en espacios y tiempos diferenciados, señalan una crisis urbana que se realiza en el plano mundial sin excluir aspectos institucionales y políticos. En el plano global, estas luchas pueden señalar el desarrollo espacial desigual del capitalismo mientras que, en el plano local, muestran la producción de un urbano donde los accesos a la ciudad, como lugar de la vida urbana, están fuertemente marcados por la segregación como un nuevo “modo de vida” – lo que es dramático. Al reunirse, los movimientos reivindicatorios cuestionan aquello que funda nuestra sociedad: la apropiación diferencial de la riqueza, la desigualdad siempre repuesta con el desarrollo del capitalismo, la mercantilización del mundo, las alianzas políticas visando su reproducción, los desmanes de poder, la corrupción, fundamentalmente su alienación de la esfera pública, etc.. Cuestionan la lógica del crecimiento y la racionalidad, de este modo de producción como reproducción de relaciones sociales dominadas. Aparecen como lucha por el espacio de la metrópoli, por un espacio democrático donde puedan expresarse y decidir sobre un destino en común.

En Brasil lo que aparece bajo el tema de la movilidad, apuntando para el análisis del derecho de ir y venir, es la metrópoli súper edificada que se constituye separando el lugar de habitación del de trabajo, la expulsión de los ciudadanos de las áreas de especulación inmobiliaria, la explosión de la centralidad en dirección a la periferia de la mancha urbana, la reproducción de lo urbano constituida por la desigualdad de derechos. Las acciones de ocupar las calles y avenidas construidas para los automóviles marcan, inicialmente, una subversión de los usos. La sustitución de los carros por los cuerpos, además, ilumina al cuerpo como residuo que gana forma y fuerza en la actualidad que, por su vez, realiza los contenidos de los espacios públicos. En los espacios públicos los cuerpos reunidos muestran su fuerza indiscutible ganando

centralidad. Inicialmente, muestran la indignación y el descontento con la vida en la metrópoli y el modo como se construye el espacio urbano separando y excluyendo una parcela significativa de la sociedad, creando derechos diferenciados. En plano del discurso, las manifestaciones aparecen en su simplificación de contenidos, presas a lo formal. Reducidas a una urgencia: el aumento de la tarifa del transporte colectivo, se genera la creencia de que una medida urgente sería capaz de frenar la acción, evitando la continuidad de las protestas. Con eso se intenta situar la acción en el plano de lo inmediato.

Fillieule e Trattakowsky (2008) llaman la atención para el hecho de que las insurrecciones se caracterizan por una relación de inmediaticidad con su causa y por su objetivo –espacialmente, temporalmente- y se desarrollan frecuentemente en el lugar mismo de la injusticia denunciada o próximas a la habitación de sus autores implicando, frecuentemente, en violencia. En el caso actual, esa urgencia es aparente y puede ser un estopín revelador de las profundas contradicciones que marcan la reproducción de la ciudad. Lo que se sitúa más allá de lo inmediato es el contenido encubierto y disimulado de las formas. El movimiento contradictorio de la reproducción del espacio urbano, marcado por el signo de la segregación como negación de la vida. Vivida en la dimensión del cotidiano (donde se manifiesta concretamente la concentración de la riqueza, del poder y de la propiedad), la segregación se presenta, inicialmente, como diferencia tanto en las formas de acceso a la habitación (como la expresión más evidente de la mercantilización del espacio urbano), como en relación con el transporte urbano (como limitación de acceso a las actividades urbanas) como expresión de la separación del ciudadano, de la centralidad. Profundizada por frecuentes procesos de valorización del espacio urbano que han alejado para periferias, cada vez más distantes, a parcelas significativas de ciudadanos por la acción consciente de los emprendedores inmobiliarios. Reforzada por las políticas públicas que crean infraestructura e incentivos para la iniciativa privada bajo el discurso de la generación de empleos, lo que, en realidad, profundiza la explotación. Enraizada a través de las alianzas que privilegian, constantemente, a los sectores inmobiliarios, las empresas de transporte y las grandes constructoras, la segregación es la negación de la ciudad impuesta por la mercantilización del mundo que se despliega en la reproducción del espacio urbano que reorienta la práctica social, sometiendo la vida, por la mediación del urbanismo como forma de pensar y de la planificación como esfera de acción. Así, el plano de lo vivido revela las opresiones no reconocidas que asedian la vida urbana regularizando, ordenando y direccionando las acciones.

De esta forma, mientras las políticas de renovación urbana inducen la apertura de grandes avenidas –abriendo cicatrices que dividen grupos, destruyendo barrios, arrasando referencias que sustentan la vida- y el modelo de política separa y aísla, un saber técnico sustenta el discurso que reduce el ciudadano a la condición de trabajador/usuario de la ciudad, justificando un modelo de urbanismo con soluciones superficiales, lo que esconde la estrategia que transforma lo urbano en espacio productivo. Aquí la diferenciación como forma de desigualdad, gana realidad como separación/apartamiento condicionando las relaciones sociales, bien como el modo como cada ciudadano se apropia del espacio. Esto porque el espacio urbano es, inversamente para la sociedad, un modo de uso improductivo, como apunta Lefebvre (1968), así como un empleo de tiempo creativo.

El nivel social revela, por lo tanto, la ciudad como privación, convirtiéndola, como consecuencia, en lugar de expresión de los conflictos, afrentas, confrontaciones. Este nivel es aquel de la práctica socio espacial que evidencia las formas de control realizadas a través y por el espacio (su apropiación). Aquí se descubre la injusticia porque vivida y que va, poco a poco, ganando formas variadas de lucha. Evidencia el cuestionamiento sobre el modo como el derecho a la propiedad se convierte en instrumento de privilegio y fuente de penalización. De esta forma, el contrato formal del derecho jurídico –la sociedad civil fundada sobre la generalización de las relaciones contractuales- se confronta al uso marcado por prácticas de derecho consuetudinario, como forma de derecho a la existencia.

La ciudad producida como segregación –y renovada constantemente por la destrucción de los lugares promovidos por la planificación puntual- se opone al individuo como objeto extraño, potencia independiente. Esta alienación se extiende por toda la vida en todos los espacios-tiempos de su realización. Pero, las cisiones vividas se constituyen también en aprendizaje. Este se constituye, en la práctica, orientando la necesidad de transformación de la vida y del cambio de la ciudad. Por lo tanto, las manifestaciones, como momento de la praxis, iluminan las contradicciones del capitalismo, cuya reproducción presupone y realiza la desigualdad como su fundamento bajo las formas siempre renovadas del proceso de valorización. Como afirma Lefebvre (1986, página, 390), las necesidades pasan por el filtro del espacio, donde la intercambiabilidad y sus coacciones bautizadas de normas, no alcanzan apenas la superficie, sino los recorridos de todos los días. Según este autor, el todo se justifica sobre el plano y el diseño por una pretendida síntesis gráfica del cuerpo y del gesto en los proyectos diseñados que son reductores de la realidad proponiendo un modo de vida (normatizado) impuesto por la construcción del habitar en un espacio tratado como abstracción vacía, geométrica, visual que transforma el cuerpo en un residuo y en esta condición, en una virtualidad. Esto porque, aún según el autor (Lefebvre 1986, página, 418), el espacio del usador es vivido, no representado (concebido) en relación al espacio abstracto de las competencias, es concreto. Lo que quiere decir subjetivo, espacio de los sujetos y no de los cálculos.

Las luchas en el espacio, por el espacio

Como ya señalamos, en los fundamentos del proceso de construcción de la ciudad como exterioridad frente a la sociedad, encontramos a la producción del espacio como mercancía, como momento constitutivo del proceso de acumulación del capital. En su movimiento de reproducción, domina las relaciones con la generalización del cambio que se extiende a toda la sociedad como necesidad de ampliación de la base de consumo. En este proceso, el cotidiano pasa a ser el lugar de la reproducción expandida del capital y el lugar de la realización de las alienaciones impuestas por el desarrollo de la lógica de la valorización que necesita dominar todos los espacios-tiempos de la vida (envueltos por la lógica de la acumulación).

Así, una racionalidad impone su presencia en todos los lugares bajo el control, sea directo o indirecto, a través de la mediación de la norma y de la vigilancia objetivando asegurar la reproducción de las relaciones en el espacio entero. El espacio se torna, por lo tanto, un medio y un poder en las manos de una clase dominante que, usando como medio las políticas públicas, direcciona y regulariza flujos, centralizando, valorizando o

desvalorizando los lugares a través de intervenciones. En esta condición, el espacio se torna homogéneo (por la dominación) y jerarquizado (por la división socio-espacial del trabajo y la distribución y localización de las clases sociales en el espacio), profundizando las desigualdades. En momentos de crisis de la acumulación, la necesidad revela la creación de nuevas esferas de valorización del capital a través de los usos de la ciudad que muestran el paso de la aplicación del dinero del sector productivo industrial al sector inmobiliario, incluyendo la infraestructura necesaria a la realización del capital financiero.

Por lo tanto, el entendimiento de la crisis urbana se sitúa en el movimiento del proceso de reproducción del espacio urbano donde la contradicción –entre producción social y apropiación privada- gana nuevos desenvolvimientos en la totalidad de la reproducción social. En este sentido, la reproducción de lo urbano como negocio –el espacio transformado en fuente de lucro- crea el derecho como necesidad. De este modo, la toma de consciencia de los límites impuestos a la vida urbana va a mover los conflictos que se desarrollan bajo la forma de luchas por el espacio alrededor del “derecho a la ciudad”.

El cotidiano se alimenta, por lo tanto, de residuos irreductibles a la lógica capitalista, que, presentes como forma de consciencia, vienen alimentando no sólo este conjunto de manifestaciones bien como la existencia real y práctica de los movimientos sociales como lugares de cuestionamiento y de acción contra la orden establecida por la lógica de la acumulación capitalista. Estas acciones (que como escribe Debord, son “actos incomprensibles para la falsa consciencia”) asociadas a aquellas de los movimientos sociales, señalan la vida urbana –y la ciudad- como fuente de privación de derechos reales y concretos impuestos por la extensión de la mercantilización como privatización del mundo. La consciencia de la privación señala un movimiento en dirección al devenir más que acentuar lo posible y, en este sentido, trae la exigencia de orientar la razón en dirección a un nuevo proyecto de sociedad. Por lo tanto la apuesta en el movimiento inherente a lo real (que apela a la reflexión y la acción), supera a la ideología que, redefiniendo la práctica, se mezcla a ella.

A partir de estas observaciones una hipótesis puede ser elaborada: la crisis urbana lejos de ser política o económica es antes, social. El ciudadano se halla desprovisto de los contenidos de la ciudadanía, continúa reproduciéndose en una lucha constante por la sobrevivencia que marca una condición inicial y natural de su vida como el otro de lo humano.

Con todo, esta hipótesis se despliega: en el espacio la desigualdad social se realiza como segregación que es el producto mejor acabado de la existencia/concentración de la propiedad de la riqueza, señalando la reproducción del espacio alienado, concretizándose en la práctica cotidiana. De la consciencia de la alienación, de la sumisión al mundo de la mercancía, de la privación vivida, esta puesta la perspectiva de elaboración de un nuevo proyecto de sociedad con la participación de los interesados –a pesar de que sea residual. Entiendo lo residual como potencia, un movimiento contra-hegemónico de contestación a la lógica impuesta a la vida urbana en todos sus sentidos. Esto porque, como señala Lefebvre (1986, p.409), el espacio mental, aquel de las reducciones, presiones y del cuerpo, no consigue reabsorber a su adversario íntimo. Lo

que significa que existe siempre un residuo incapaz de ser absorbido por la lógica capitalista y que se sustenta frente a la irreductibilidad de lo humano a la pasividad.

La lucha en el mundo moderno indica un hecho importante: la lucha de clases se realiza como lucha por el espacio, en el espacio. Revela la extensión del capitalismo, que en su proceso de reproducción continuada dejó el lugar del trabajo, el mundo de la fábrica, de su organización y formas de lucha y abarcó la ciudad –con esto, los cuerpos invaden el espacio público como espacio-tiempo de la manifestación, de la reivindicación, de la fiesta y de la realización de la esfera pública como expresión de la vida cotidiana.

Así, si la re-producción del espacio restablece constantemente la cuestión de la propiedad privada de la riqueza bajo la forma de la tierra o del suelo urbano, y de su realización como contradicción valor de uso/valor de cambio y el momento de la globalización económica como la concentración sin límites de la riqueza como privatización privada de la riqueza generada en la sociedad –información, intercambio, decisión, inversión, coerción- restablece también, en este proceso, la persistencia de los residuos producto de nuevas contradicciones. Por lo tanto, si el cotidiano se realiza como orden planificada del espacio y del tiempo, la contradicción entre nuevas relaciones sociales y antiguas persiste en los intersticios de la vida cotidiana. De este modo, lo cotidiano guarda, también, lo que escapa y se contrapone a este mundo de mercancías e imágenes a través de sus residuos y, en este sentido, él es el lugar donde está puesta la superación de las alienaciones que lo envuelven. Es campo de la espontaneidad.

Las manifestaciones emergen en una vida cotidiana y denotan la existencia de los residuos en esta sociedad. Residuos que están incorporados en un cotidiano invadido por un sistema regulador que formaliza las relaciones sociales reduciéndolas a formas abstractas en que cada momento se autonomiza de las demás esferas de la vida, limitando los usos del espacio, diluyendo derechos de acceso a la ciudad y a la vida en la ciudad. En la vida cotidiana el sujeto se depara con las cisiones que niegan la vida, la vida se realiza de modo inhumano, en una ciudad vivida como extrañamiento, producida como exterioridad.

Las manifestaciones: la insurgencia del cuerpo en el espacio público

Pero, ¿dónde se localizan las resistencias orientadas por la esperanza de otra vida en un otro mundo posible y cómo se manifiestan? Las manifestaciones vividas en lo urbano desde junio de 2013 demuestran que estas se localizan en los espacios-tiempos de realización de la vida cotidiana, en el seno de lo urbano, en el plano del lugar, iluminando el plano de lo vivido donde la consciencia se gesta en los intersticios de la explotación, de la deterioración, en la ausencia del derecho, en las situaciones de exclusión de una realidad mercantil que moldea comportamientos, en la abstracción concreta que el mundo de la mercancía impone –y de sus formas arbitrarias- en su racionalidad opresora. En la consciencia, aún incipiente, de la exterioridad que marca la vida urbana frente a la ciudad. Esto porque la vida cotidiana revela lo arbitrario, las falsas necesidades producidas por la abundancia que escapa a la mayoría. Donde lo legal simboliza el monopolio de la violencia del Estado. Por lo tanto, se localiza en la vida cotidiana donde se aprende que la propiedad además de poder económico, es también política: concentración de mando, dominio de la esfera política que se realiza

dominando el espacio. Sin embargo esta tiene un lugar: el espacio público como el sentido de la centralidad inherente a la ciudad.

Los ciudadanos invaden las calles, toman los espacios públicos teniendo por motivo un conjunto de cuestionamientos que van desde la contestación de la acción política del Estado en sus alianzas (que lo sustentan), pasando por la composición del presupuesto público (volcado a las necesidades de los sectores productivos y privados del mercado inmobiliario), hasta los rumbos de la democracia representativa. Fundada en nuevas contradicciones, la realidad urbana centraliza la lucha señalando la exigencia de cambios frente a la constatación de la precariedad y el empobrecimiento de la vida. En su acción iluminan la producción del espacio urbano como privación y la ciudad vivida como potencia extraña. De este modo la práctica espacial en la metrópoli, al señalar el empobrecimiento y la deterioración de la vida social que es fuente de privación frente a la extensión de la mercantilización que va junto con la privatización del mundo, un residuo. Por lo tanto, la situación del ciudadano reducido a las condiciones de sobrevivencia en su condición de no-sujeto (con la destitución del sentido de la vida y de la dignidad humana que realiza la desigualdad como su fundamento) se mueve en otra dirección.

En medio a la alienación vivida concretamente se constituye la necesidad de “cambiar la vida” a partir del cuestionamiento “de esta vida”. Se desarrolla como acto y “ejercicio de ciudadanía”, forma de expresión política, que se dirige a la contestación de lo que es y debería ser la participación de todos en las elecciones de los destinos de una vida urbana en sociedad. En su concretización, las manifestaciones iluminan primero la irreductibilidad del cuerpo que, como residuo en el proceso de producción de la ciudad, retoma sus derechos apropiándose del espacio público.

En esta acción el espacio público retoma su sentido: aquel de la reunión con los contenidos de la centralidad. La forma espacial de la centralidad como el acceso de todos a los derechos existentes, así como de la creación de nuevos derechos, por lo tanto, el lugar de visibilidad de los sujetos políticos. Se reconstruye así, la idea de comunidad expresa en opiniones divergentes sobre los varios planos que involucran la vida en sociedad marcada por las relaciones constituidoras de las identidades y diferencias. Las formas de lucha surgen en los intersticios de la vida cotidiana como consciencia de las desigualdades vividas en varios planos. Por lo tanto, las resistencias señalan un significado que reúne varias perspectivas (banderas) en las cuales se realizan la desigualdad y la privación constituidoras de la vida metropolitana. Introducen y exigen prácticas democráticas, poniendo en la mesa de negociaciones los intereses de la sociedad como un todo contra los intereses de los empresarios que reconstruyen la ciudad objetivando la realización del lucro.

Los movimientos sociales y las manifestaciones muestran, por lo tanto, la consciencia de la “privación”, proponiendo una lectura no cerrada a la esfera de los bienes necesarios a la realización de la vida, sobrepasando a la escala del tener prisa, la necesidad y el consumo. La consciencia de la privación es el motor de las luchas que, aún de forma difusa, señalan la exigencia de un derecho que en la realidad es aquel de otra vida en otra ciudad que no destruya la creación y la creatividad apuntando la necesidad del derecho a la ciudad. La lucha por el espacio aparece, en esta orientación, como una carencia radical (Heller) exigiendo alternativas al neoliberalismo a través de

la rearticulación entre fuerza social y esfera política. Los movimientos sociales, así como las manifestaciones, con modo y estructura diferenciadas, señalan la consciencia de la extrema privación, pero su lectura no puede cerrarse a la esfera de los bienes necesarios a su vida, ya que están situados en la escala de la realización del deseo de un proyecto fundado en otro humanismo –como lo negativo de lo que vivimos. Los movimientos son lo negativo en acción, pero esta condición solo se realiza en la totalidad del mundo, esta es la universalidad necesaria para superar la condición fragmentaria de las luchas. Así, los espacios de resistencia son los lugares de la esperanza, surgen de la necesidad de cambiar la vida real penetrada de posibilidades. Las contradicciones y conflictos son vividos como práctica socio-espacial donde se opera el trabajo de lo negativo como lucha por la conquista del “derecho a la ciudad”, como derecho a la vida urbana, en una sociedad predominantemente urbana. Este es el desafío de este siglo.

De esta forma, una voz se propaga por el mundo y convoca a la reflexión proponiendo una nueva lectura de la realidad, cuestionando la racionalidad de la acumulación apuntando la perspectiva de “otro mundo posible” como cuestionamiento del capitalismo como modelo civilizatorio (Bensaid, 2004). Traen, por lo tanto, lo imposible como orientación. De esta manera, hoy, las manifestaciones no se prenden a la simple inmediaticidad, exprimiendo la exigencia de acciones que cambien la vida cotidiana, radicalmente. Por eso las luchas son emancipatorias e introducen prácticas democráticas. Indican la potencia de lo negativo en el seno de la sociedad como exigencia de un proyecto.

En primer lugar, un proyecto que actúe más allá de la solución de las urgencias (como realización del tiempo histórico emergido de las propias contradicciones del capitalismo) objetivando la realización de las virtualidades de lo humano: la construcción de una humanidad más allá del capital y de la sociedad capitalista. Con todo, otro mundo posible depende de su contenido de subversión-negación del orden vigente, de los valores de esta sociedad, rechazando la lógica de una integración al capitalismo, en su razón deshumanizadora.

Una hipótesis se elabora: el espacio público es, antes de nada, el lugar de la reunión, del encuentro, de la proximidad entre miembros de una determinada sociedad, sin el cual el discurso y la acción como momento de decisión en conjunto no serían posibles, lo que trae, en sí, la idea de centralidad. La apropiación del espacio público realiza la apropiación de la ciudad. Las manifestaciones ya no ocurren, por lo tanto, en los espacios de producción, no son organizadas por sindicatos, expresando la lógica de una sociedad que es ahora urbana y no más industrial. Por lo tanto, las manifestaciones en los espacios públicos son, hoy, una expresión inequívoca de dos cosas: de los cambios de la sociedad en su constitución como sociedad urbana y del sentido más profundo de la reproducción del espacio urbano en su mundialidad.

Bibliografía

ARENDDT, Hannah. *A condição Humana*, 10ª edição, Rio de Janeiro: Editora Forense Universitária, 2007.

BENJAMIN, Walter. Paris, capital do século XIX, in Walter Benjamin, *Sociologia*, São Paulo: Ática, 1985.

BERNARD, Michel. *Le corps*, Paris: Éditions du Seuil, 1995.

BENSADID, D. *Cambiar el mundo*, Madrid: Catarata, 2004.

CARLOS, A. F. A. *Espaço-tempo na metrópole: a fragmentação da vida cotidiana*, São Paulo: Contexto, 2001.

CARLOS, A. F. A. *A condição espacial*, São Paulo: Contexto, 2011.

CHOMBARD DE LOWE, Paul-Henry. *La fin des Villes*, Paris; Calmann-Lévy, 1982.

DEBORD, Guy. *La société du spectacle*, 2ª edición, Paris: Folio, 1992.

FILLIEULLE, Olivier; TRATTAKOWSKY, Danielle. *La manifestation*, Paris: La presse de la Fondation de Sciences Po, 2008.

HARVEY, D. *El nuevo imperialismo*, Madrid: Ediciones Akal, 2004.

HELLER, Agnes. *A filosofia Radical*, São Paulo: Brasiliense, 1983.

JAPP, Anselm. O reino da contemplação passiva. In *Muito Além do espetáculo*, Adauto Nonvaes, São Paulo: Editora SENAC, 2004.

LEFEBVRE, Henri. *Critique à la vie quotidienne*, Paris: L'Arche, 1961.

LEFEBVRE, Henri. *La production de l'espace*, 3ª edição, Paris: Éditions Anthropos, 1986.

MARCUSE, P. La justice spatiale : résultante et cause de la justice sociale. In BRET, B., GERVAIS-LAMBONY, P., HANCOCK, C., LANDY, F. (coord.). *Justice et injustices spatiales*, Paris: Presses Universitaires de Paris Ouest, coll. Espace et justice, p.75-92, 2010.

Prefeitura da Cidade de São Paulo, *Prospecto de Registro da Operação Urbana Consorciada Faria Lima*. 26 de outubro de 2004, atualizado em 30 de julho de 2008.

SOJA, E. La ville et justice spatiale In BRET, B., GERVAIS-LAMBONY, P., HANCOCK, C., LANDY, F. (coord.). *Justice et injustices spatiales*, Paris: Presses Universitaires de Paris Ouest, coll. Espace et justice, p. 55-73, 2010.

VILLAÇA, F. *As ilusões do Plano Diretor*, São Paulo: mimeografado, agosto de 2005.

tradução: Lina Giraldo Lozano